



ITESO
Universidad Jesuita
de Guadalajara

MIGUEL ÁNGEL SANTOS GUERRA

EL ARCA DE NOE

LA ESCUELA SALVA DEL DILUVIO





EL ARCA DE NOE

LA ESCUELA SALVA DEL DILUVIO

EL ARCA DE NOÉ

LA ESCUELA SALVA DEL DILUVIO



ITESO
Universidad Jesuita
de Guadalajara

MIGUEL ÁNGEL SANTOS GUERRA

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
Biblioteca Dr. Jorge Villalobos Padilla, SJ

Santos Guerra, Miguel Angel

El Arca de Noé : la escuela salva del diluvio / M.A. Santos Guerra. -- Guadalajara, México : ITESO : Universidad de Guadalajara, 2014.

375 p.

ISBN 978-607-9361-63-1

1. Personal Escolar. 2. Instituciones Educativas. 3. Docencia. 4. Comunidad Educativa. 5. Axiología de la Educación. 6. Tecnologías de Comunicación e Información - Función Educativa-Cultural. 7. Educación y Sociedad - Tema Principal. 8. Sociología de la Educación. I. t.

[LC]

370. 19 [Dewey]

Diseño original: Danilo Design

Diseño de portada: Ricardo Romo

Diagramación: Rocío Calderón Prado

La presentación y disposición de *El Arca de Noé. La escuela salva del diluvio*, son propiedad de los editores. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito de los editores.

1a. edición, Guadalajara, 2014.

DR © Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)
Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585, Col. ITESO,
Tlaquepaque, Jalisco, México, CP 45604.
www.publicaciones.iteso.mx

ISBN 978-607-9361-63-1

*Para Carla,
el sol de nuestro universo.
Ella nos ilumina,
nos da calor
y nos devuelve cada día,
con su sonrisa,
la vida que nosotros le dimos.*

Índice

INTRODUCCIÓN	11
I. EL OCÉANO PROCELOSO	
PREÁMBULO	19
LA CÁRCEL DE LOS CORAZONES ROTOS	21
NAVEGAR ENTRE TIBURONES	25
LA GANZÚA DE LOS CORAZONES	29
EL ARTE DE NO DECIR LA VERDAD	33
EL CABALLITO DE MAR	37
DE HÉROE A TERRORISTA	41
LOS DIEZ EUROS	45
¿QUÉ ES ESO?	49
YO, MUSLO	53
UBUNTU	57
UNA RATONERA EN LA CASA	61
LA FALLA SOCIOLÓGICA	67
LOS DOS LOBOS	71
LA CULTURA DE LOS TITULARES	75
EL ESTILO DEL MUNDO	79
LA BRECHA DIGITAL	83

EL SIGLO DE LOS DEBERES	87
LA TEORÍA DE LAS VENTANAS ROTAS	91
EL EFECTO MATEO	95
EL NEGOCIO DEL MIEDO	99
ALGUIEN NOS HA ROBADO LA TIENDA	103
II. EL ARCA SALVADORA	
PREÁMBULO	109
LA MÁQUINA DE EMPEQUEÑECER	111
SIN VALORES, NO HAY ESCUELA	115
¡A CLASE!	119
MAMÁ, QUIERO SER VIEJO	123
MAMÁ, QUIERO QUE SEA LUNES	127
SIN LA FAMILIA, ¡IMPOSIBLE!	131
AL CINCUENTA POR CIENTO	135
EL LECHO DE PROCUSTO	139
INVITACIÓN AL OPTIMISMO	143
LA GALLINA NO ES UN ÁGUILA DEFECTUOSA	147
NO ESTOY CANSADO TODAVÍA	151
QUERIDA ESCUELA	155
LA ESCUELA NO SIRVE PARA NADA	159
LOS NIÑOS DEL CABLE	163
JEFES TÓXICOS EN EDUCACIÓN	167
LAS FEROMONAS DE LA MANZANA	171
LA REBELIÓN DE LAS MOSCAS	175
EL HARÉN PEDAGÓGICO	179
NO TE PREOCUPES POR LLEGAR TARDE	183
LOS CUBILETES	187

III. LOS VALEROSOS TRIPULANTES

PREÁMBULO	193
A MIS ESTUDIANTES DE MAGISTERIO	195
SER DOCENTE (I)	199
SER DOCENTE (II)	203
CIRUJANOS Y PILOTOS	209
EL SOLDADO DESERTOR	213
EL POZO	217
AVERSIÓN A LOS RELOJES	221
HAZLO, TONTA	225
PAPÁ, BAJA DEL ÁRBOL	229
EL NIÑO DEL GLOBO	233
EL ABSURDO ARTE DE LA COPIA	237
HAY QUE ESCRIBIR	241
APRENDER DE LA EXPERIENCIA	245
LAS LÁGRIMAS DE LA MAESTRA	249
UNA CENA CON LOS AMIGOS	253
LOS CÍNICOS NO SIRVEN PARA ESTE OFICIO	257
EL GRILLO MAESTRO	261
LÓGICA DE AUTOSERVICIO	265
MERCENARIOS DE LA EDUCACIÓN	269
LADRONES DE SUEÑOS	273

IV. LA DIFÍCIL NAVEGACIÓN

PREÁMBULO	279
CORTAR LA RAMA	281
LA PEDAGOGÍA DEL MOCO	285
¿CUÁNTAS PATAS TIENE UN ARTRÓPODO?	289
LOS DESCUAJERINGADORES	293
EL RUIDO DE LO QUE SOMOS	297
VUELVA DENTRO DE QUINCE DÍAS	301
LA NIÑA DE LAS OES	305
LA EVALUACIÓN COMO TORTURA	309
HOY TOCA TEORÍA	313
PULGAS AMAESTRADAS	317
SE ME HA CAÍDO EL PRECIO	321
EL MONO FEDERICO	325
VALOR DE CAMBIO	329
EDUCACIÓN O CATÁSTROFE	333
LA CULPA ES DE LA VACA	337
UNA FLOR ROJA CON EL TALLO VERDE	341
ÉL SABE QUE ME QUIERES	345
EL GRUPO DE LOS OLMOS	349
QUIEN EDUCA AMA	353
LA NIÑA DEL LÁPIZ MARRÓN	357
EL VESTIDO AZUL	361
LA CESTITA DE CAMELOS	365
PEDAGOGÍA TERCARIA	369
BIBLIOGRAFÍA	373

Introducción

En febrero de 2014, tuve el honor y la suerte de ser invitado al XXI Congreso Internacional de Educación organizado por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). No podía suponer, cuando acepté, que las seductoras palabras de Pitina (Ma. Guadalupe Valdés Dávila) me iban a comprometer en una empresa tan ambiciosa como presentar un libro en la mundialmente reconocida Feria Internacional del Libro de Guadalajara (FIL). No pude decir no, por la sencilla razón de que a Pitina no se le puede decir que no. Ese singular poder de convicción me metió en la vorágine de la edición de esta obra que ahora tienes en las manos. Este compromiso postergó el proyecto que tenía de publicar los prólogos que he escrito para obras de otros autores.

La Universidad de Guadalajara tuvo la gentileza de sumarse a la iniciativa como coeditora de este libro, alianza que ha hecho posible la edición de esta obra, la primera de mi autoría que ve la luz en México, aunque ya se han distribuido otras publicadas en editoriales españolas, argentinas y portuguesas.

Los textos que aquí se presentan, organizados en esa estructura que les sirve de armazón, han sido publicados en el periódico *La Opinión de Málaga* en fechas comprendidas entre los meses de marzo de 2009 y 2014. No he considerado necesario que figuren las fechas de publicación, ya que todos tienen carácter intemporal.

Es probable que algunas ideas, citas y anécdotas se repitan, pero he preferido mantener los textos tal como fueron publicados.

El Arca de Noé es una magnífica denominación para representar el papel de una institución que navega en medio de un diluvio de mensajes neoliberales y en un mar proceloso y convulso en el que fácilmente podría naufragar la humanidad.

El nombre de las escuelas tiene que ver habitualmente con algún personaje célebre o algún acontecimiento relevante de la historia de un pueblo, pero pocas veces refleja el imaginario social y la construcción de representaciones simbólicas; pocas veces hace referencia al papel que la institución desempeña en la sociedad, a su significado para la vida de los docentes, los escolares y los ciudadanos en general.

“El Arca de Noé”, qué nombre más hermoso para una escuela. Esa humilde escuela (todas las escuelas son humildes) recibe a los alumnos y alumnas de contextos desfavorecidos, y en ella se refugian de la ignorancia y la inmadurez hasta que pasen los cuarenta días del diluvio.

Se trata de un diluvio de concepciones, actitudes y comportamientos que amenazan la permanencia del Arca sobre las aguas agitadas: individualismo exacerbado, competitividad extrema, relativismo moral, eficientismo, olvido de los desfavorecidos, privatización de bienes y servicios, hipertrofia de la imagen, imperio de las leyes del mercado, capitalismo salvaje, reificación del conocimiento.

Solo se salvarán quienes estén dentro del Arca, protegidos del avance de las aguas. Aunque el Arca sea frágil (o precisamente porque es frágil), podrá mantenerse a flote. Hay niños y niñas que solo en la escuela podrán refugiarse de la ignorancia y la avalancha de contravalores de una sociedad que se asemeja a una selva en la que solo puede sobrevivir el más fuerte. Hay niños y niñas cuyos entornos familiares y sociales están tan depauperados que poco pueden hacer las familias para sacarles de la ignorancia y la miseria. Para ellos, la escuela es un salvífico Arca de Noé.

Incluso, los niños y niñas de familias cultas y económicamente desahogadas van a encontrar en la escuela esa tabla de salvación que les haga sentirse iguales a los otros y responsables de la superación de las desigualdades.

Al salir del Arca habrá que emprender una tarea conjunta de reconstrucción de la sociedad. Una sociedad que se asiente sobre la solidaridad, la justicia, la libertad, el respeto a la dignidad de las personas. Se trata de vivir en el Arca no para reinstaurar la selva sino para poner en práctica los principios de la convivencia que se han aprendido dentro de ella.

La escuela, sobre esas aguas agitadas, mantiene el equilibrio inestable, esperando el sol y el anuncio del ramo de olivo en el pico de la paloma de la paz.

En el Arca de Noé se produce una mezcolanza insuperable de etnias, credos, culturas, edades, sexos, inteligencias, expectativas... Todos tienen un lugar en ese Arca que se ha convertido actualmente, en palabras de Philip Roth, en la gran “mezcladora social”. Juntos aprenden, conviven, se relacionan, miran el futuro desde la misma incertidumbre y desde parecida confianza. Mientras están en ese refugio contra la ignorancia y las perversiones, están protegidos de la destrucción.

Hay quien pensará que le estoy dando demasiada importancia a la escuela, pero incluso los defensores y practicantes de la *home school* tendrán que reconocer que no pueden sustituir de manera plena e indefinida a la escuela institucional. Pasados unos años, tienen que incorporar a sus hijos e hijas al sistema educativo.

En el Arca de Noé están también los profesores y profesoras, quienes se salvan o se hunden con todos los que están cobijados bajo su techo. Ellos se salvan de la vulgaridad, el individualismo, la superficialidad, el egoísmo y la ignorancia porque tienen que realizar una función excelsa en el seno de un equipo. Noé y su familia también se salvaron del diluvio.

Aprender a convivir en el Arca es una empresa tan complicada como importante. Cada uno es diferente. Cada uno tiene su régimen de comida y sus condiciones peculiares de vida. El que todos se salven depende de que cada uno lo haga posible. El que cada uno se salve depende de que todos lo hagan posible.

Los constructores del Arca tienen que hacerla sólida y firme, con buenos materiales porque las dificultades que tiene que superar son muy grandes: vientos de disputa ideológica, lluvia de críticas injustas, tempestades de demandas crecientes, olas de avatares legislativos, escollos de dificultades imprevistas... No se puede hacer frente a grandes problemas con una estructura frágil y unas pobres condiciones.

Salvarse en el Arca de Noé no tiene que ver solo con el egoísmo de la sobrevivencia, tiene que ver con la posterior vida en común. Se ha sorteado el peligro de la destrucción con el fin de construir una sociedad mejor.

Me gustan los profesores, los alumnos, las familias y los ciudadanos que valoran la escuela, que la aman. No me gustan las bromas como la que circula por la red bajo el título “demolition call”, en la que una niña inglesa llama a una empresa de derribos pidiendo que destruyan la escuela, asegurándose de que los profesores se encuentran dentro de ella. Destruir el Arca de Noé sería un desastre para todos los que en ella pueden salvarse, en definitiva, para toda la humanidad.

El libro tiene cuatro partes que se estructuran bajo el eje de la metáfora bíblica. Como toda metáfora, esta ilumina una parte de la realidad y deja en la sombra otras. Los textos que se incluyen en cada parte podrían estar en una u otra, indistintamente. Desde alguna perspectiva, pueden encajar en una de ellas, desde otra podrían situarse en cualquiera de las otras tres. A continuación se desglosa cada una de las partes y su contenido.

I. EL OCEANO PROCELOSO (EL CONTEXTO DONDE ESTÁ ENCLAVADA LA ESCUELA)

En este apartado se incluyen reflexiones relacionadas con el contexto en que está situada la escuela. No podemos entender los textos si no entendemos los contextos. La escuela está enclavada en una realidad que la condiciona y a la que pretende dar respuesta.

El contexto cultural tiene unas coordenadas ideológicas que condicionan el proyecto de la escuela. Tiene, también, necesidades éticas y sociales a las que la escuela debe atender.

El contexto es hoy de naturaleza digital. La escuela no puede seguir siendo la institución que era cuando todo el conocimiento existente se albergaba en sus estanterías. La escuela debe tener en cuenta, en la era digital, que el conocimiento está multiplicándose sin cesar e invadiendo la vida de las personas. La escuela tiene que facilitar los criterios para saber encontrar el conocimiento, y ofrecer argumentos para discernir si es riguroso o está adulterado por intereses económicos, políticos o publicitarios.

II. EL ARCA SALVADORA (LA ESCUELA QUE NOS SALVA)

En este apartado se incluyen textos sobre la institución escolar. Es preciso conocer sus características y su cultura, ya que esta no puede ser identificada como una simple empresa.

Reflexionar sobre la escuela es importante porque es una institución singular. Tiene reclutamiento forzoso, es heterónoma, jerárquica y de naturaleza discontinua. Un hospital, por ejemplo, es una organización de naturaleza continua. No cierra en los fines de semana ni tiene vacaciones periódicas.

Hay años de escolarización obligatoria hasta determinada edad, y hay otras etapas que, aunque sean de asistencia libre, es socialmente obligado acudir a ella si se pretende ganar títulos que den acceso al trabajo.

Cada escuela tiene su propia cultura, y la comunidad educativa de cada una de ellas sigue unas reglas y se rige por un proyecto educativo que inspira la actividad cotidiana.

III. LOS VALEROSOS TRIPULANTES (LOS PROFESIONALES DE LA EDUCACIÓN QUE SE DEDICAN TAN GENEROSAMENTE A TRABAJAR EN LA ESCUELA)

Los profesionales de la enseñanza son la piedra angular de todo el sistema educativo. Los tripulantes diseñan, construyen, conservan y hacen funcionar el Arca. Sin ellos sería imposible escapar del diluvio. De ahí que su selección sea tan importante, que su formación resulte decisiva, y que su organización tenga que ser perfecta.

La navegación es tan compleja y arriesgada que hacen falta personas de gran valor y sofisticada preparación para realizarla.

No es cierto que para esta actividad valga cualquier persona. Es tan compleja que se requieren conocimientos y destrezas especializadas para desempeñarla.

IV. LA DIFÍCIL NAVEGACIÓN (LA COMPLEJA TAREA DE EDUCAR QUE SE DESARROLLA EN LA ESCUELA)

Navegar por ese mar tempestuoso no es tarea fácil, como no lo es la educación, que es tan necesaria como problemática. De nada serviría tener un Arca magnífica si la dejamos zozobrar y hundirse. Navegar con buen rumbo es imprescindible.

Al final encontraremos la ramita de olivo de una nueva era, de unos nuevos ciudadanos surgidos de esa educación que pretende mejorar a las personas y transformar a los pueblos.

I. El océano proceloso

Preámbulo

La escuela no está en la estratosfera. No está en el vacío. La escuela está inmersa en un contexto amplio y en un contexto inmediato.

Las aguas del diluvio son abrumadoras y amenazan con ahogarnos. Son también turbulentas. Llueve sin cesar. Llueve de manera torrencial.

No entenderemos qué finalidad y sentido tiene el Arca si no tenemos en cuenta las circunstancias que han provocado su fabricación y funcionamiento. Sin entender el contexto, no podremos comprender los textos.

Se presentan aquí 21 artículos que hacen referencia a la cultura en la que estamos inmersos, cuyos postulados contradicen muchos de los presupuestos de la educación. Por eso digo que la escuela es hoy una institución contrahegemónica. Es difícil navegar contracorriente.

La cultura neoliberal que nos invade contradice casi todos los presupuestos de la educación: individualismo exacerbado, competitividad extrema, relativismo moral, obsesión por la eficacia, imperio de las leyes del mercado, olvido de los desfavorecidos, hipertrofia de la imagen, globalización del conocimiento, privatización de bienes y servicios...

Además, la escuela se sitúa hoy en un contexto digital que condiciona la estructura y difusión del conocimiento. La información no está hoy solo en la escuela sino distribuida y fragmentada en múltiples sitios a través de la red. Es preciso dar criterios para saber dónde está el conocimiento y, sobre todo, saber si el que se encuentra es riguroso o está adulterado por intereses religiosos, comerciales, políticos o publicitarios.

El contexto digital condiciona también las relaciones, las cuales se realizan hoy a través de las redes, escondidas debajo del disfraz de una personalidad fingida.

El contexto es también institucional, como explicaremos en el capítulo siguiente. La escuela es una institución con su propia cultura. Todas las escuelas se parecen entre sí, pero no hay dos que sean iguales.

Y esa escuela concreta está enclavada en un contexto próximo en el que viven las familias cuyos hijos acuden a ella cada mañana. Hay que conocer ese contexto para darle sentido a la tarea. El proyecto de la escuela tiene que estar contextualizado para que tenga sentido.

No hay un buen proyecto de escuela formulado en abstracto, sin tener en cuenta los destinatarios y destinatarias del mismo, y las características del contexto más amplio y el contexto inmediato en los que están viviendo.

La cárcel de los corazones rotos

Me preocupa la falta de sensibilidad que observo hoy en muchos comportamientos de las personas. La ausencia de compasión. La falta de piedad. Patrones que despiden a sus trabajadores sin la más mínima consideración, cónyuges que se largan sin el menor cuidado, policías que ponen unas multas abrumadoras sin inmutarse, profesores que emiten juicios crueles sobre sus alumnos sin que les tiemble la voz, médicos que comunican diagnósticos fatales o decesos inesperados sin un gesto de misericordia, políticos que, sin inmutarse, ponen la soga al cuello de los ciudadanos con recortes y subidas insostenibles...

Qué decir de las organizaciones terroristas, de las redes de trata de blancas, de los secuestradores de niños, de las familias en las que se maltrata sin piedad a las mujeres, de los violadores y pederastas... ¿Es que los verdugos no sienten en lo más mínimo el dolor que generan y que, a buen seguro, destrozará la vida de las víctimas?

Parecemos robots que se mueven con más o menos eficacia, pero que no sienten nada acerca de las consecuencias de sus acciones. Es más, que ni siquiera sospechan que sus movimientos causan heridas, dolor y muerte.

En las actividades que atienden a personas, es necesario que los profesionales tengan una actitud piadosa para tratar al prójimo con delicadeza, consideración y respeto. Debería cultivarse esa competencia en la formación y exigirse en la práctica profesional.

Antes de Navidad, unos amigos vivieron una tragedia especialmente dolorosa. Un familiar muy cercano apareció muerto en la calle. Me contaron que la policía llamó a su casa para informar de lo sucedido.

Atendió el teléfono un hijo adolescente. Reproduzco la conversación del chico con el policía:

—¿Es la casa de fulanita de tal?

—Sí, esta es. Yo soy su hijo.

—Dile a tu madre que su hermano X ha muerto y que se pase por la policía porque tenemos que entregarle algo.

Así, sin más preámbulos, sin más miramientos. A lo bestia. ¿Se puede ser más insensible? El chico no es un contestador automático. No es un adulto. Es una persona todavía en ciernes, que no es capaz de asimilar un golpe de semejante brutalidad. Si no somos capaces los adultos de reaccionar con entereza ante una noticia de esa naturaleza, ¿cómo puede hacerlo un chico que es casi un niño?

Cuando me contaron lo sucedido no podía dar crédito a lo que oía. ¿Qué tipo de persona es capaz de comunicar de esa forma una noticia tan dramática a un chico? Seguidamente me contaron la odisea que vivieron los padres para hacerse cargo de la situación. Acudieron a la policía y, después de esperar más de media hora, nadie sabía nada del asunto. Era necesario el número desde el que se había efectuado la llamada. Y ahí vemos al chico recuperando el número desde el que le habían propinado aquel mazazo en la cabeza y aquella puñalada en el corazón. Aquel policía se fue a comer ese día, probablemente, como si nada hubiera pasado. Es seguro que el muchacho no olvidará esa llamada en toda la vida.

No voy a pormenorizar el relato que me hicieron mis amigos, jalonado de situaciones de una crudeza insoportable. ¿Es tan difícil meterse en la piel de estas personas traumatizadas e imaginar lo que están viviendo? ¿Es tan complicado cuidar las formas para no provocar más destrozos y más dolor en personas que, por lógica, tienen la piel en carne viva?

He puesto un ejemplo de no hace muchos días. Pondré otros dos, más lejanos en el tiempo, de profesionales que trabajan con personas.

Ese es el problema. Que los “materiales” con que trabajan algunos profesionales tienen corazón, tienen sentimientos... No es igual trabajar con personas que en un laboratorio, en la construcción o en la mina. En muchas tareas el mejor profesional es el que mejor manipula los materiales, en otras el que más y mejor los libera.

He participado en muchos cursos para tutores de medicina, y en todos ellos he insistido hasta la saciedad en la importancia de tener en cuenta al enfermo y no solo a la enfermedad. Un gesto de un médico, una palabra, un mal modo pueden provocar un desastre emocional.

Recuerdo una consulta que estábamos observando para hacer la evaluación de la formación médica. El doctor estaba extendiendo una receta a un anciano, y este dijo en voz alta y clara: “Total, ¿para qué me receta usted nada? Lo único que desea uno ya es morirse”.

El médico ni siquiera lo miró. Cuando terminó de escribir, levantó la cabeza y le dijo: “Tómese una pastilla por la mañana, otra a mediodía y otra por la noche”.

Como si el anciano no hubiese dicho nada, como si no le hubiera oído, como si eso que había dicho fuese una banalidad. Pues no, doctor, la medicina no cura lo que no puede curar la felicidad. Ese hombre necesita una palabra amable, una sonrisa, un empujoncito hacia la vida. Necesita que usted le diga: “¿Qué me está usted diciendo? Usted tiene toda la vida por delante. Se va a tomar estas pastillas y el próximo día me va a dar la gran alegría de decirme que se encuentra mejor”.

Ya sé que ese médico no tiene una hora para hacer una terapia. Ya lo sé. Pero sí dispone de un segundo para animar a una persona desesperada, entristecida y sin ganas de vivir.

Un policía. Un médico. Y, ahora, un profesor. En esta historia, un querido sobrino fue víctima de una evaluación abiertamente injusta en una universidad cuyo nombre voy a omitir. Del resultado de un examen dependía no solo la asignatura y el curso sino la continuidad en la carrera. Era cuestión de décimas. Hizo bien dos problemas, pero cometió un error en el tercero. Fue a ver al profesor. Le dijo que no quería

pedir ningún favor, que solo pretendía que se hiciese una corrección objetiva, que sería bueno que revisase el examen otro profesor... No hubo manera. Mi sobrino concluyó así su relato: “Lo que más me dolió fue la frialdad y el desprecio del profesor. Cuando le expliqué lo que suponía el suspenso, me dijo: ‘Eso es cosa suya’”.

Un grupo de profesores del departamento al que pertenecía esa materia se había propuesto, según me explicaron después, endurecer de tal manera los criterios de evaluación que muy poquitos podían superarlos.

Nos endurecemos, nos acorchamos, nos protegemos de la angustia ante el dolor ajeno. Lo peor es que, a veces, lo producimos sin miramientos, innecesariamente, casi con sadismo.

Se extiende y generaliza una forma de proceder insensible, dura, despiadada. Los malos modos ya parecen naturales. Y se dice que no hay que andar con “paños calientes”, “que ya está bien de contemplaciones”... La piedad ha muerto. ¿Dónde vamos por estos derroteros? ¿Qué será de una sociedad en la que las personas son tratadas como objetos?

Acabo de leer una curiosa novela titulada *El hotel de los corazones rotos*. Deborah Moggach, la autora, cuenta la historia de un hotel abierto por un actor retirado con el fin de albergar a las personas que han sido abandonadas. En él se imparten cursos para sanar las heridas abiertas por el comportamiento ajeno. Pensaba cuando leía la obra que, a este paso, el mundo va a terminar siendo no un hotel sino una gigantesca cárcel para corazones rotos.

Navegar entre tiburones

Nuestros hijos son nativos digitales, mientras que nosotros somos inmigrantes digitales. Es decir, que los niños han nacido en ese novedoso país de lo digital, mientras que nosotros hemos de llegar a él desde fuera. Nosotros tenemos que integrarnos en una realidad que nos desborda y en la que nos sentimos un poco extraños.

No es necesario hacer hincapié en las inmensas posibilidades que nos brinda la red: acceso a una información inusitada, oportunidad de comunicarnos de forma rápida, fácil y constante, comodidad para hacer operaciones financieras, facilidad para realizar compras...

La educación no puede estar al margen de esta nueva realidad que lo condiciona todo. Hay que aprovechar todas esas posibilidades para mejorar la formación del alumnado. Y para poder hacerlo, los profesores no podemos quedarnos mirando para otra parte.

Pero no voy a centrarme hoy en las ilimitadas posibilidades de la Internet. Voy a detenerme, con la brevedad que exige este texto, pero con la vehemencia que nace de la convicción, en algunos riesgos que entraña, sobre todo para los jóvenes.

No es el menor riesgo que acaben convirtiéndose en adictos. Estar demasiado tiempo conectados, obsesivamente conectados a la red, genera una dependencia que nos convierte en esclavos y que, además, nos priva de otras experiencias enriquecedoras. Los “ermitaños del siglo XX” viven en su monasterio virtual, alejados de la vida real, y enganchados a la realidad virtual.

La casi inevitable suplantación de personalidad que viven muchas personas que se comunican en la red, nos lleva a crear un mundo que

oscila entre la realidad y la ficción. Puede suceder que esa persona que nos habla no sea alta sino bajita, que no sea simpática sino agresiva, que no sea del sexo femenino como dice ser sino de sexo masculino, que no sea escritora sino cocinera, que no sea joven sino adulta... No es que se pueda camuflar la propia identidad sino que alguien puede adoptar tu propia personalidad.

Los adolescentes no son conscientes de los riesgos que corren. En su inmadurez, su ingenuidad, no son capaces de situarse en el núcleo de la maldad que habita el corazón de algunas personas. La adolescente del caso que relato a continuación no es capaz de imaginar lo negra que puede ser la boca del lobo que la devora.

Una chica de Málaga entabla relación a través de una red social con otra chica de Granada. Chatean durante meses y, cuando la intimidad ya está consolidada, la amiga de Granada invita a la de Málaga a visitarla. Le dice que, para que sus padres no se enteren, puede decirles que va a pasar la tarde a Vialia (un centro comercial cercano a la estación de autobuses), y que, desde allí puede viajar fácilmente a Granada donde ella la estará esperando. La joven malagueña lo hace como ha planificado su amiga y llega a la estación de autobuses de Granada. Allí la está esperando un hombre que se presenta como el padre de su amiga y que le promete llevarla a su encuentro, ya que su amiga no ha podido desplazarse ni avisarla a tiempo. La chica sube al coche del supuesto papá que la conduce a un descampado, la viola y la deja abandonada... ¿Cuántos milímetros faltaron para que encontrara allí la muerte?

A través de la *webcam* se pueden hacer fotografías que se envían sin mucho remilgo a supuestos (porque son desconocidos) amigos y amigas. Esas fotos pueden ser objeto de chantaje para quien ingenuamente las ha enviado.

Téngase en cuenta que hay *hackers* que son capaces de grabar con tu *webcam* aunque la tengas apagada. Piénsese en que pueden entrar en tu ordenador y abrirte todos los correos y archivos sin que tú puedas evitarlo...

Entre los 500 millones de usuarios de Facebook y los 200 millones de Twitter, como fácilmente puede suponerse, hay personas de todo tipo. Hay muchos tiburones navegando por esos mares. Y lo mismo sucede en las redes sociales de menor tamaño como Hi5, Yahoo!, Respuestas, Myspace, Metroflog, Orkut, Menéame, Badoo... No se puede navegar alegremente, sin precaución alguna.

Hay navegantes que piden información que los jóvenes brindan sobre su casa, sus padres, sus costumbres. Información que no saben cómo puede ser utilizada por los receptores.

Leí no hace mucho en un periódico local que una adolescente que invitó a su cumpleaños a través de la red, recibió 200,000 contestaciones. No acudieron todos, claro está, pero también se contaba en el artículo lo que había sucedido en otra fiesta de cumpleaños a la que habían acudido varias docenas de personajes desconocidos, convocados a través de la red. En un momento determinado decidieron destruir la casa. Y la destruyeron.

Los padres y madres no pueden permanecer ajenos a lo que hacen sus hijos e hijas en la Internet. Hace poco tiempo un juez de Las Palmas condenó a una familia a pagar 6,000 euros a una compañera de su hija a la que estaba haciendo un *ciberacoso* que fue denunciado por la víctima. Los padres no pudieron decir: “Es que nosotros no sabemos manejar la Internet...”, “es que nosotros no sabíamos lo que estaba pasando...”.

Hay que tener el ordenador en que se navega en un lugar abierto de la casa, no en una habitación que se pueda cerrar por dentro con llave; limitar el tiempo de navegación, brindar criterios de actuación. Hay controles parentales que, aunque tienen una eficacia relativa, pueden ser útiles. Hay que saber lo que hacen los hijos y las hijas cuando navegan durante horas, y navegar con ellos. Ya sé que existirán algunas reservas sobre la invasión de la intimidad, pero hay un deber superior que es el de velar por la integridad física y moral de los hijos.

Los jóvenes tienen que saber que existen contenidos inadecuados para su edad, que hay muchos reclamos para acceder a la pornografía y la violencia. Y deberían ser ellos mismos quienes se los prohibieran. El tacto es la mejor estrategia educativa en todos los casos.

La ganzúa de los corazones

Viví un año en Galway (Irlanda). Llevaba en coche todos los días a mi hija al colegio, y para llegar desde la casa hasta la puerta de entrada teníamos que incorporarnos desde una pequeña calle adyacente a una arteria principal. A esa crítica hora (ocho y media de la mañana) había diariamente un importante atasco.

Me resultaba chocante que al llegar al cruce en el que teníamos que entrar en la vía principal, la amabilidad de los conductores facilitara al máximo la rapidez de la incorporación. Veías con agrado el gesto amable del conductor que se detenía y parecía decirte de forma inequívoca: “Pase usted, por favor”.

Hace unos días, al salir del complejo de ocio malagueño Plaza Mayor, había un gran atasco. Era la hora de salida. Me costó casi cinco minutos entrar en la riada de coches. Nadie se detenía y te invitaba a pasar. Todos se arrimaban al coche que iba delante para impedirte el paso. Hasta que cambié la espera por otra inevitable estrategia: ir metiendo el morro del coche poquito a poco hasta poder entrar. Con el consiguiente pitido del que venía detrás.

Este hecho, que no es casual, me hizo pensar. Porque creo que se trata de una constante. ¿Qué nos pasa? ¿por qué no somos más amables, más corteses, más amigables? No solo en el coche sino en general en la vida.

En Irlanda apenas se oye el sonido del claxon. Mi hija, que tenía entonces siete años, me lo hizo notar: “Papá, aquí nadie toca el claxon”.